

Los chicos inmolados

Por Claudia Bernazza

La palabra menor, o chico, tira a menos. Habla de lo que será alguien, pero lo que es, es "menor", es envase chico, es un tiempo sin demasiada importancia. Pareciera que son seres a la espera de su turno en la historia, que pertenece a los mayores.

María Soledad era catamarqueña, era menor, era baile con las amigas, noviecito en la esquina, colegio de monjas.

La dinastía Saadi no conocía siquiera su existencia, carecía de todo valor par el inmovible poder de los reyes provincianos. Y sin embargo, la chiquilina que fue, pateó el tablero, en un movimiento fatal. Irrumpió en la vida pública como irrumpen los chicos: en forma imprevista.

Y fue, en su presente de niñez, incómodo cambio. No necesitó ser adulta para mover a miles.

Nair Mostafá tenía menos años aún, y un pueblo bonaerense se despabiló de la fiesta y de la siesta por ella. Nair improvisó un presente cuando todos creían que era puso futuro. Con su muerte nacieron padres, se enfureció el pueblo, se molestó el poder, que brindaba por años nuevos que se parecieran a los viejos. Y se pateó el tablero, por una verdadera novedad. Como lo hacen los chicos: imprevistamente.

Los pibes de Ingeniero Budge apechugaban la vida como casi todos los adolescentes del Gran Buenos Aires: mucha esquina, poco laburo, poco futuro. Razones que el poder creyó suficientes para matarlos, total, las patotas ya cansaron, nadie se quejaría. Por ser menores, eran posible ausencia, pero se indignó un barrio. En nombre de los pibes – inmortales nombres ahora- nacieron padres, amigos, y ya nada volvió a ser igual en Ingeniero Budge.

Cuando los verdugos sean pasado, ellos serán puro presente, siendo pibes.

Y otra pateada al tablero: imprevista y revolucionada manera de chicos.

Fueron los chicos de la muerte temprana. Conocidas y desconocidas muertes que no debieron ser.

Los pibes, cansados de inmolación arrebataron la bandera, antes de la hora ritual del sacrificio. Son miles de chicos de la ciudad gigante, la que trama futuro de pragmáticos mercados. Chicos que no le creen al sepulturero de las utopías. Por eso, cuando todos se ocupaban en tranquilos escritorios, diseñando reediciones de la resignación, ellos patearon tizas y pizarrones, putearon tanto olvido, y Buenos Aires fue un gran patio de peibes preguntando, de pibes educándose.

Son las Vanesas, los Rodrigos, las Yesicas y Natalias y Matías, los mil nombres que crecieron como les fue posible, que quisieron, que despelotaron el tránsito y rompieron los acuerdos de los dinosaurios.

Los chicos se ríen de la infinita prudencia, y no creen se crezca para abajo. Es inútil tratar de convencerlos de que somos gallinas. Ya conocen las alturas que pueden alcanzar.

En un desplumado aleteo chillón, soberbio y audaz, se retoma, como se puede, el hilo de la historia, aunque esto no esté claro todavía.